

# CARA Y CRUZ

Por IGNACIO AGUSTI

## pajaritas de papel

**H**A sido recibida en Salamanca, y dirigida a don Miguel de Unamuno, una carta de una estudiante japonesa, en la que pide que el maestro le envíe el «Tratado de cocotología», en el que se empeñó como pasatiempo don Miguel durante sus horas baldías. Naturalmente, la estudiante ignora que Unamuno murió hace años; le envía, como presente, unas muestras de su propio arte de pajaritas de papel. La carta y las pajaritas irán a formar parte del Museo de don Miguel de Unamuno, lejana y tardía aportación que llega del más soñador y despistado de los discípulos, pero que nos revela que a veces los quehaceres más secundarios, los empeños más triviales del genio también perduran más allá de la muerte.

El arte de la cocotología es una creación menor, una suerte de escultura de los desmemoriados. Un amigo mío, el profesor Castro Calvo, produce toda clase de seres y de objetos con un rimero de cuartillas, y lo hace mientras no deja de conversar, o mientras elabora mentalmente algunos de sus artículos. Ese pequeño arte no es excluyente; deja fluir la iniciativa intelectual independientemente de la labor que se hace con el papel, de modo que las pajaritas nacen en las manos con una vida sin provocación, como al tacto de talismán. El profesor, mi amigo, llena la sobremesa de un zoo diminuto y encantador de bestias blancas. Si las pajaritas echaran a volar —que podrían—, el ámbito se llenaría de sordos trinos. Todo me hace pensar en que ese arte, cuando está hecho por escritores, cuando lo practicara don Miguel de Unamuno, era el vuelo sin tinta de la constante imaginación, la inspiración sobrantera por la que el papel ya huía solo, por una vez libre de la carga del pensamiento. Hay imágenes y agudos pensamientos que vuelan solos, y luego ya no los podemos encontrar, y los buscamos por el aire denodadamente. Otras veces, el papel sin la impronta cobra espíritu volador.

Pero lo más conmovedor de la noticia es que la señorita japonesa ignoraba quizá todo lo más grave y verdadero de don Miguel de Unamuno; quedaría al margen de toda su obra copiosa y trascendente. Los años arrumbarían para esa joven las «nivolas» y el «San Manuel Bueno» y «El Cristo de Velázquez». Habría sabido que un profesor había publicado un «tratado de cocotología» y allí fue. Si Unamuno viviera y observara ese destino final —en un caso de excepción— de su obra, y lo circunstancial de los monumentos de su posteridad, quizá hubiera enviado a su comunicante, como torna, su propia figura humana hecha papel y doblez inteligente. Es compleja la vida de los hombres sabios como don Miguel de Unamuno. En un mundo que exige definiciones categóricas, en el que todos debemos de estar situados de antemano e inexorablemente en un casillero para que nos puedan reconocer y clasificar, a veces se envidia la doblez de la pajarita, una doblez sin misterio e ingrátida, gracias a la cual se está en la figura, en lugar de estar simplemente en la resma.

La japonesita que pide a Unamuno prendas tan gráciles de su talento, sin saber que ya no está, ha venido a traer incautamente a los pies de su effigie el contrapeso mismo de la muerte.

## jugar con fuego

Ha sido legalmente prohibida la fabricación y venta a los chiquillos de los juegos explosivos.

Los petardos, las bengalas y la diminuta bolsita dinamitera con que, de pequeños, perpetrábamos nuestras guerras, de hoy en adelante ya no podrán servir de diversión a los chavales. Se trata de una medida prudente, que nos evitará el sobresalto en determinadas esquinas o que nos permitirá —sobre todo en los alrededores de las verbenas— transitar por la calle sin necesidad de huir.

La atracción que los moxalbetes tienen por el fuego es cosa misteriosa e inexplicable. El fuego es ya de por sí movedizo y atrayente, y no es posible sustraerse a la sugestión que produce la llama de una lumbre en un hogar. Para dejarla, hay que ponerse a no mirarla. Mas el fuego domesticado y provocado, esa chispa ruidosa que un chiquillo puede manejar a su antojo, para de pronto dominar su contorno, es algo que excede a toda otra ilusión.

El bagaje que llevan los chiquillos en el fondo de los bolsillos de su pantalón se compone de los utensilios y artefactos más variados y sorprendentes. Allí están, junto a cordeles y alambres, el trompo bailarín, la piedra pintoresca, unas bolas y unos confites, ya ennegrecidos. A todo el bagaje de los bolsillos le supera la tira candescente de lo que llamábamos los «mistos Garibaldi»; y también el

petardo puro y simple, que provoca en las muchachas un estallido de indignación, lamentables saltos histéricos y finalmente el tono más airado e increpante de la voz. No dejemos de lado al siniestro serpiente de fuego que eran los «corre-piernas», lagartija abominable que nunca estaba quieta y que a velocidades increíbles se abalanzaba sobre los pies de las doncellas, en mi mocedad.

Todo esto ha terminado; ha quedado proscrito y nos parece muy bien. Ese tipo de fuegos de artificio que van por los suelos, en lugar de elevarse a los aires, renuncian a la más directa ambición y lozanía de la luz, que es para quedarse encima de la tierra. El fuego no es para provocar el miedo, sino el pasmo. Por ello todos los fuegos debieran de ser silenciosos. El ruido de la pólvora o de la dinamita, aun en porciones mínimas y en las manos de los chiquillos —principalmente en las manos de éstos—, es ya una intromisión agresiva en nuestro ser.

Juan Ramón Jiménez no podía soportar el menor ruido, le desbordaba y desquiciaba. Se había hecho acolchar, como es sabido, las paredes de su estudio. La poesía nace del silencio, es una total intimidad. También a Rilke le mortificaba cualquier clase de ruido que no fuera el de una fuente o el de una nube que pasa. Toda la obra de Proust, escrita por la noche, está llena de silencio.

Los petardos y demás artefactos que han sido prohibidos para el uso infantil ponían en el bolsillo de cada niño un ruido latente y contenido que eliminaria mucha de su intimidad y de su natural delicadeza. Cada uno de esos artefactos postulaba, todavía en silencio, en contra de su dueño. Los niños deben de llevar en sus bolsillos sólo el trompo saltarín.

## la pandilla

Naturalmente que a los niños de hoy se les pone cada vez más difícil la reyerta callejera y, por tanto, la utilización adecuada de los petardos. Existe en amplias zonas —no todas las deseables— un rigor escolar muy distinto al de antes. Y aparte de ello, existe la proliferación de las revistas infantiles, o el anzuelo de la televisión que distrae al chiquillo de una de sus funciones patrimoniales, que era el juego desahogado, el juego espontáneo y sin cortapisas.

La manía, extendida en las casas —y por razones muchas veces explicables—, de que los niños «no se muevan», es uno de los atentados más frecuentes contra la naturaleza del niño. Naturalmente que en la mayoría de los casos si se deja mover a los niños tienen que salir de la casa todos los demás. Pero habría que aumentar en las ciudades de manera progresiva el número de parques, los espacios libres —más que verdes— donde se pu-

diera echar el trompo y donde, si acaso viniera, poder pelear.

Uno de los modelos ideales de vida infantil que nosotros teníamos en nuestra infancia era aquel «team» cinematográfico llamado en español «La Pandilla». La aparición de la «troupe» y sus gestas eran incitantes y memorables para nosotros porque en las gestas y aventuras —simplemente suburbanas— de aquellos chiquillos, advertíamos la vida infantil en su plenitud, el desahogo no sólo de las potencias físicas, sino de sus capacidades de inventiva, de generosidad, de gallardía y de desprendimiento. En el cine de hoy abundan las niñas prodigio que son, en realidad, prematuras e inmaduras damas. Los atisbos de la vida adulta empezaban a asomar en actitudes y en lances que embelesan a los muchachos. Falta en el cine —y en el mundo— la pieza capital, la niñez dinámica, suelta y aguerrida, con virtud de clan; sin que esto signifique una inclinación al gamberrismo, porque lo cortés no quita lo valiente.